

gillian anderson



quiero

qué piensan y sienten las mujeres
sobre el sexo cuando tienen la libertad
de ser ellas mismas



temas de hoy

QUIERO

Qué piensan y sienten las mujeres sobre
el sexo cuando tienen la libertad de ser
ellas mismas

Edición de Gillian Anderson

Traducción de Esther Cruz Santaella

Título original: *Want*

© Gillian Anderson, 2024

De acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.

© por la traducción, Esther Cruz Santaella, 2024

Corrección de estilo a cargo de Andrés Prieto

© Editorial Planeta, S. A., 2024

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-19812-74-2

Depósito legal: B. 12.096-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



ÍNDICE

<i>Nota</i>	9
<i>Introducción</i>	11

LAS CARTAS

Sobre fantasías	27
Aquí te pillo, aquí te...	83
Objeto de adoración	131
Terreno vedado	153
En cautividad	203
Vicio y fetiche	219
Gente desconocida	253
Poder y sumisión	283
Exploración	341
Más, más y más	367
Ver y que te vean	413
Siempre me ha gustado...	443
Suavemente	481
<i>Biografía de Gillian Anderson</i>	541

Me gustaría entenderme a mí misma, no como persona, sino como ser humano. Cada dos por tres me pongo a hacerme preguntas sobre la vergüenza que me generan mis propios deseos. ¿Todo el mundo se avergüenza y finge que no? Como seres humanos, como animales, somos individuos deseantes y, aun así, nos consideramos parte integrante de algo mayor, de algo más importante que los mamíferos: seres inteligentes que fundaron ciudades y que descubrieron cómo usar el fuego para cocinar verduras, que celebran el resultado de siembras de semillas organizadas.

Estoy buscando respuestas. La adolescencia la viví como lesbiana, pero ¿qué quiero ahora? Me aterroriza el cambio; me resultaría más fácil etiquetarme y quedarme ahí atrapada, aunque seguro que de ese modo sería una mujer muy triste. Quiero tocar y que me toquen, amar y que me amen. Soy incapaz de concebir el sexo como un acto carente de afecto. Quiero que alguien me acaricie el pelo y la piel, que me diga

que me desea; quiero tener un objeto de adoración y ser yo el de alguien. Le doy importancia al acto mutuo de hacer el amor y al mismo tiempo hay una parte de mí que quiere saber cómo es eso de que te follen. ¿Es posible sentirse atraída tanto por la dulzura como por la rudeza? Por el deseo profundo y primario de que me controlen. Creo que lo que me excita es lo desconocido.

Como mujeres, hacemos lo que podemos por ser individuos independientes. Inmersa en un sistema que se esfuerza al máximo para convertirnos en el género más débil, veo que mi deseo entra en conflicto con mi pensamiento racional. ¿Es ese el motivo por el que me avergüenzo cada vez que pienso en que me dominen? Por mucho que nos creamos poderosas, a las mujeres nos enseñan a sentir vergüenza desde el día en que llegamos al mundo. Yo, como muchas otras, me avergüenzo de mi cuerpo. Y ahí es donde se encuentran las raíces de mis inseguridades: ¿Soy deseable con el aspecto que tengo? No quiero que me cosifiquen y, aun así, quiero que me deseen. Quizá simplemente me atraiga la contradicción.

Quiero una relación, pero tengo miedo. Y, en cierto modo, mis miedos conducen al sexo. Quiero que alguien me toque, me llene, me haga desear que me toquen. Quiero que alguien me diga lo que tengo que hacer y lo que tengo que decir, que me diga cómo darle placer y cuándo parar. Quiero verme ante el precipicio, jugar con los límites. Quiero confiar en alguien hasta el punto de sentirme segura mientras me controlan. Quiero gemir de placer y también de dolor. Quiero que me pongan de uno y otro lado y que me follen. Aunque sea una fantasía vaga y muy común, no me resulta fácil asumir la verdad: siento deseo. Mis fantasías están limitadas por mi yo ra-

cional, a quien yo misma avergüenzo. Eso lo sé seguro. Me gustaría dejar a mi mente volar libre, salvaje, pero me resulta complicadísimo no ponerle freno.

Bueno, voy a probar, por ti, pero sobre todo por mí: por fin he asimilado que me gusta bailar, así que estoy en una fiesta, pasándomelo bien. Veo a alguien que me gusta, aunque no estoy segura de que se haya fijado en mí, así que sigo bailando. Al rato, noto una mano que me toca suavemente la espalda y me doy la vuelta. Cuando le veo la cara, sonrío y sigo bailando, mientras siento la tensión que me corre por la piel y que va en aumento. Poco a poco, como si lo hubiésemos planeado, sus manos se dirigen hacia mi cintura y las mías van a su cuello, a su pelo suave. No sé cómo, pero ya nos estamos besando. Es un beso lento, y mi torso está cada vez más cerca del suyo conforme pasan los minutos. Cuando las manos que me recorren el cuerpo notan que necesito más, sugiero que vayamos a un sitio más privado. Llegamos al baño y allí continuamos enrollándonos, tocándonos. Tal y como bajan las manos sube la adrenalina, y el hecho de que puedan pillarnos me excita aún más. De un empujón me pone de cara a la pared, fría y dura. Desde atrás, me mete una mano por debajo de la falda larga que llevo y empieza a tocarme por encima de la ropa interior. El roce de la tela contra el clitoris me pone a mil, y cuando empiezo a notar que voy a correrme, para. Le pido que siga, pero me manda callar y me dice que me dé la vuelta y me ponga de cara. Mientras lo hago, sube la mano hasta alcanzarme la boca, donde un dedo se cruza con mis labios y entra. Me gusta mi propio sabor; me recuerda que estoy viva. Entonces una mano me entra en la boca y juega con mi lengua, y al mismo tiempo la otra baja y empieza a frotarme la parte interna de los muslos, y me

hace querer más, así que se lo pido. No me lo da. Por el contrario, sigue tocándomelo todo menos el clítoris, y me siento de lo más vulnerable ahí de pie, esperando a que me follen y sabiendo que en cualquier momento podría entrar cualquiera por la puerta. Cuando la mano me llega al clítoris, tengo las bragas por las rodillas, así que esta vez es piel con piel. Lo que me acaricia no son los dedos, sino la mano entera. Estoy sensible y escuece, aunque solo un poco; lo justo para hacerme sentir que voy a sucumbir. Nos estamos besando, pero necesito respirar hondo, así que me detengo a coger aire. Cuando noto la urgencia de sentirme llena, me llena. Es como si me leyese el pensamiento, el deseo de notar que está dentro de mí. Dos dedos entran y salen, a un ritmo lento pero brusco. Siento la vibración de la música en el pecho, los bajos que me acarician el cerebro mientras percibo el sexo como algo que me está ocurriendo. Música y baile, el ritual del acto amoroso.

Parte de la fantasía está en no saber si me corro, en que no me importe si pasa o no. En mi mente siento placer. ¿Lo sentiré algún día en el cuerpo? Que me toquen, que me quieran. Ser una mujer enamorada del mundo que ella misma haya creado.

Argentina | <15.000 £ | Gay/lesbiana | Soltera | No

Me gustaría tener pene. Esa es mi fantasía. Me encantan mis tetas y mi feminidad, pero quisiera tener un pene para follarme a una mujer, o a muchas mujeres, con cuidado y protección, aunque también con un deseo feroz, y sentir el placer que sienten los hombres cuando mantienen relaciones con una mujer. Y, sobre todo, compartir el deseo simultáneo. Debe de ser alucinante. Hace no mucho tiempo quería ser hombre, o eso pensaba, porque lo que de verdad quería era tener los privilegios de los hombres. No solo sus derechos y su seguridad, sino principalmente su pene.

Ojalá existiera una tecnología capaz de generarme la sensación de tener pene y provocar en una mujer el máximo deseo y excitación posibles. En una mujer ardiente, sexi, divertida, encantadora. «Por favor, mándame una», le pedí al espacio que me rodea, a mis ideas, a ti, supongo. Tiene gracia, ¿eh? Estoy un poco desesperada, aunque intento no pensarlo demasiado. Creo que por ahora tendré que agenciarme

un pene de goma y buscar a una mujer que quiera besarme y tener relaciones sexuales conmigo, eso para empezar. Una tarea nada fácil. No sé a quién pedirle consejo ni quién podría presentarme a una mujer ardiente, divertida, femenina. Y es una mierda. Yo no me veo nada fea, así que no entiendo por qué no consigo encontrar a una mujer que quiera estar conmigo. Diría que nunca he recibido el amor de una mujer, ni de ninguno de mis intereses románticos, de hecho. Y duele. A veces me duele el corazón por ese rechazo silencioso. En cierto modo me siento sola cuando pienso en que no consigo encontrar ningún *match* con mujeres en Tinder ni en Bumble, ni en la vida real. En las apps, antes las cosas eran fáciles para mí. Pero ahora no. A veces siento que estoy en el sitio equivocado y quizá también en la época equivocada.

Así que quiero escapar a un país extranjero y fantaseo con la posibilidad de encontrar a alguien allí que me aprecie y me desee. Y que me quiera. Me gustaría experimentar eso. Algo sano, cariñoso, reconfortante. Y no quiero solo sexo. Quiero una conexión dulce, real y sincera, aunque dure solo un tiempo. Una diminuta fracción de tiempo. Un dulce bálsamo. Sigo queriendo un pene, eso sí, pero supongo que mi mayor fantasía es encontrar a alguien a quien amar. Amar de verdad y que me amen. Te doy las gracias por este espacio. Escribir esto me ha hecho sentir mejor.

Mestiza ecuatoriana | <15.000 £ | Bisexual/pansexual |
Soltera | No